

CAPÍTULO I.

ÁGATA, EL EDITOR, AUGUSTO MÜLLER Y EL ESCRUTADOR DE ALMAS.



En su lecho de muerte, mi amiga, la señora Ágata Willen, me encargó de la publicación de la historia de su hermano, el maravilloso don Tomás Mundete.

-Tomás –dijo ella- era el hombre más bueno y discreto que jamás conocí. Yo tengo la culpa de que se arruinara tan miserablemente. Mis descomunales limpieza y miedo lo arrojaron a las tormentas, donde naufragó. Y cuando ahora todos se ríen de la locura del pobre, me pesa muchísimo en el alma. Reuní, por remordimiento de conciencia, todo aquello que pude averiguar sobre la curiosa experiencia de mi hermano. Le pido a usted, que lo conoció y amó, que mire y ordene los papeles, cartas y diarios, que están en esa canasta, y los publique para que sirvan de advertencia a todos los hombres y mujeres prudentes –con esto, la valiente Ágata se volvió hacia la pared y murió.

Fue un error de la buena vieja creer que yo hubiera conocido o siquiera amado al hermano así descrito. Cuando la casualidad me arrojó a la ciudad de Bäuchlingen, él ya se había despedido de lo temporal. Pero ya no pude informar a la muerta sobre eso. De pie, al lado de su cama, prometí cumplir su último deseo. Quiera el público indulgente perdonar si cuento difusamente cómo vivió y murió Tomás Mundete.

Debo rectificar mi relato antes de empezar. El hombre del que trata no se llamaba Tomás Mundete, sino que por su padre lo nombraron Augusto Müller. Con todo, por la fuerza de su propia autoridad cambió su nombre heredado. Eso era sabido de todos en Bäuchlingen, y yo también lo había oído. Pero recién por medio de los papeles de la hermana me enteré de las extrañas razones de este rebautizo, y, también, el lector será informado sobre ello a su debido tiempo. Por lo pronto, es aún de Augusto Müller del que tengo que hablar.

Augusto Müller había conseguido pronto una fortuna considerable a la muerte de sus padres, había permanecido durante largos años en una serie de universidades por razones de estudio, había viajado mucho y, también, había vivido lo suficiente como para regresar, finalmente, siendo un hombre de unos treinta años, a Bäuchlingen. Allí vivía en una casa cubierta de parras junto con su hermana viuda, Ágata Willen, y Albina, la hija adolescente de ésta. En la mudanza de la hermana a su casa ocurrió algo que tiene que ser mencionado, aunque le parezca de poca importancia al lector. En uno de sus viajes, Augusto había conocido a Wolf, un nieto de Goethe. Por su facilidad para hacer hablar a la gente solitaria y por oírla con atención, se había ganado el favor de Wolf Goethe a tal grado que éste le regaló como recuerdo una silueta hecha por la mano misma del abuelo. En cuidadosos contornos éste había recortado un hombre en papel negro, un hombre sentado sobre un globo terráqueo que sostenía en la palma de la mano a una mujercita galante desnuda, cuya parte central escudriñaba con una lupa. Augusto estaba encantando, mandó enmarcar el cuadrito y lo bautizó “el Escrutador de almas”. Luego, lo había colocado de tal forma en su escritorio que, cada vez que levantaba sus ojos del trabajo o de un libro, tenía que lanzarle una mirada. Amaba ese cuadro. Después de la muerte de su cuñado, invitó a su hermana junto con la pequeña Albina a pasar unas semanas con él en Bäuchlingen. Como le gustaba la niña, y la mano trabajadora de su hermana le hacía la vida más cómoda, una mañana le pidió a Ágata que se quedara en el futuro con él y se ocupara del cuidado de la casa. Ágata, sentada frente a él transversalmente en el viejo sofá de cuero, se quejó de que su hijita Albina extrañaba tan poco a su padre como ella misma a su consorte y de que ella no había podido enseñarle un poco de decencia

como para fingir aflicción, tal como ella podía. Por todo esto estuvo a punto de rechazar, rotundamente, la petición, pues ella atribuía esa falta de delicadeza a la influencia del extraño afecto de Albina por su tío. En ese preciso momento vio que Albina, inclinada tiernamente sobre el querido tío, alargaba su manita hacia el Escrutador de almas. De golpe se levantó, arrancó a la niña de las rodillas de Augusto y le pegó en las manos; luego la despachó a tomar el aire. No se me ha hecho saber lo que se discutió entre los hermanos a continuación de esto; sin embargo, el resultado fue que el Escrutador de almas de Goethe desapareció del escritorio de Augusto Müller y que Ágata con su hija se cambió a la casa.

Además de sus dos parientes y de Emilia, una muchacha de fuertes manos, estaba también en la casa una vieja que se llamaba Trude y que siempre llevaba consigo una atmósfera de envidia, pleito y odio. Extrañamente, gozaba del especial favor de Augusto Müller, quien la había bautizado Bella Rottraut y afirmaba que había sido su nana, lo que, según se puede probar, era falso. La razón por la cual soportaba en casa a ese ser, cuyo único diente parecía implantarse en todo regocijo, era la maldad. Él se alegraba de la constante guerra entre las mujeres y era de la opinión de que el temperamento de su hermana necesitaba tal distracción, de otra forma volcaría sobre él su abundante flujo de bilis.

Augusto no había trabajado nunca. Con gran maña evitó todo aquello que era incómodo y sólo hizo lo que quería. Sin embargo, era amistoso y platicador, buen bebedor y sin envidia, de tal suerte que era estimado por todos. Exteriormente era como otras personas, sólo que había crecido bastante: tenía una barriga muy considerable y se había quedado tempranamente calvo. Su nariz era roja y casi siempre estaba desfigurada con la marca de pequeñas espinillas.

Además de esto, no hay otra cosa que informar sobre Augusto Müller.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck